

GALLEGO

(DON JUAN NICASIO). (1)

Don Juan Nicasio Gallego, del consejo de S. M., canónigo de Sevilla, vocal de la direccion general de estudios y juez supernumerario de la Nunciatura, es uno de nuestros literatos mas distinguidos de la escuela del siglo precedente: es decir, clásico puro (por lo menos él así lo cree) y defensor acérrimo de los principios de Horacio y de Boileau. Luego veremos en sus composiciones si ha sido fiel observante de sus decantadas doctrinas.

Nació en Zamora á fin del año de 1777, y en la misma ciudad hizo sus primeros estudios con la buena suerte de hallarse por entonces regentando la cátedra de latinidad, en la clase de mayores, un tal Pelaez, buen profesor y humanista. A la edad de trece años fué á Salamanca á emprender su carrera de filosofía, y derechos civil y canónico, que concluyó en 1800. Cuando llegó á la Universidad soñaba con Horacio y Virgilio, recitaba muchos trozos de sus obras y sospechaba apenas que hubiese otra poesia en el mundo que la de los antiguos romanos. Entonces vió por primera vez el Parnaso Español de don Juan Sedano, compilacion hecha sin método ni criterio, pero utilísima por lo que propagó entre la juventud el gusto de la poesia nacional. A esta lectura, á que se dedicó desde luego con el ahinco propio de un muchacho de imaginacion fogosa y de oído delicado y sensible á la armonía de la buena versificación, se siguió la de los poetas modernos de aquella escuela, Iglesias y Melendez, al segundo de los cuales trató y admiró despues en Zamora, donde estuvo confinado una larga temporada. No es, pues, de estrañar que en cuantos ensayos hacia procurase imitar á su modelo, á quien todos con razon miraban como al propagador del buen gusto y regenerador de la poesia castellana.

Pocos años despues de concluir sus estudios, de tomar sus grados y de recibir las sagradas órdenes, vino á Madrid donde conoció á los señores Quintana y Cienfuegos, hijos ambos de aquella Universidad, especialmente al primero con quien siempre le han unido vinculos de la mas cordial estimacion.

En mayo de 1805 hizo oposicion el señor Gallego á una capellania de honor de S. M., que en aquel tiempo se conferian del mismo modo que las prebendas de oficio de las iglesias catedrales; y en octubre le nombró el rey director eclesiástico de sus caballeros pages, empleo que sirvió hasta la entrada de los franceses en Madrid. En este intervalo empezó á darse á conocer como poeta con

(1) Esta noticia está sacada del número XVII del tomo I del *Artista*.

varias composiciones ligeras que se incluyeron en algunos periódicos de aquel tiempo, en las cuales se echaban de ver la imitacion, las formas, el sello, en una palabra, de nuestros autores de los siglos XVI y XVIII. En el memorial literario se insertaron unas endechas suyas que empezaban:

Pobre lira mia,
Que entre yerba y flores
Dulce son de amores
Modulaste un día, etc.

que parecen calcadas sobre las de Figueroa. Hay en ellas dulzura, pasión, tintas melancólicas y suaves, versificación feliz y castiza; pero demasiado compas, recuerdos de nuestros poetas, imitación visible y en suma clasicismo puro.

La defensa de Buenos-Aires contra los ingleses en 1807 fué el asunto de una composición del señor Gallego, la primera ciertamente que llamó la atención del público de Madrid, revelándole la existencia de un poeta, no indigno de alternar con los que entonces sostenian el crédito de nuestro Parnaso. Ya en ella no hay imitaciones ni reminiscencias frecuentes, pero el gusto es el mismo. En prueba de esto, y por no ser muy conocida la *Oda á Buenos-Aires*, insertaré una de las estrofas que mas la caracterizan.

Alzase en tanto, colosal matrona,
De una alta sierra en la fragosa cumbre
La América del Sur; vese cercada
De súbito esplendor de viva lumbre,
Y en noble ceño y magestad bañada.
No ya frivolas plumas,
Sino bruñido yelmo rutilante,
Ornan su rostro fiero:
Al lado luce ponderoso escudo,
Y en vez del hacha tosca, ó dardo rudo,
Arde en su diestra refulgente acero.
La vista fija en la ciudad; y entonces
Golpe terrible en el broquel sonante
Da con el pomo, y al fragor de guerra,
Con que herido el metal gime y restalla,
Retiembla la alta sierra
Y el ronco hervir de los volcanes calla.
Españoles, clamó, etc.

Esta gallarda imagen de América es toda del gusto de Homero: pocos pero escogidos rasgos accesorios que cautivan la imaginacion por su nobleza y grandiosidad, estilo elevado y rápido, versificación sonora y varonil. Hasta ahora, pues, no se ha desviado del rumbo clásico. Sigamos.

Un año despues (¡cuánto mudaron las ideas, la situación, la suerte de España en tan corto tiempo!) publicó la *Elegía al Dos de Mayo*, composición á que debió la celebridad de que goza. No hablaré de ella porque todo el mundo la conoce, y no es mi ánimo elogiar ni deprimir su mérito ni el de su autor. Diré únicamente que esta elegía sigue un rumbo nuevo, y que no es fácil encontrar su tipo en la poesia clásica latina ni española. Falta la templanza

en la entonación, recomendada por el crítico francés y propia según los preceptistas del abatimiento que ocasionan el dolor y el infortunio. Tiene casi siempre la vehemencia de una oda, y hay trozos dramáticos de que tal vez no se hallará ejemplo en la antigua literatura. ¿ En qué se parece esta elegía á las de Ovidio y Tibulo? ¿ En qué á las de Herrera y Melendez?

Al volver los franceses á Madrid capitaneados por Napoleon, tomó el señor Gallego el camino de Sevilla, siguiendo al gobierno legítimo y pasando de allí á Cádiz, donde se mantuvo hasta la vuelta de éste á la capital de España. Antes había obtenido una prebenda de Murcia, y la primera regencia le nombró para la dignidad de chantre de la isla de Santo Domingo, de que no llegó á tomar posesion. En tan considerable periodo de tiempo no se oyeron los acentos de su musa, sino en alguna cancion patriótica ú otras composiciones ligeras, entre las cuales es notable un soneto á lord Wellington con motivo de la toma de Badajoz. Sin duda las graves discusiones de las Córtes, de que fué diputado por espacio de tres años, absorvieron su atencion como era justo. Olvidábase hacer mencion de la *Oda á la influencia del entusiasmo público en las artes*, que escribió poco despues que la elegía al Dos de Mayo, y recitó en la Academia de San Fernando en setiembre de 1808, la cual se imprimió llena de erratas, pocos años há, en las memorias de dicho cuerpo. Tambien puede decirse que esta oda no sale del círculo clásico, tanto en el fondo como en las formas: ni esto hubiera sido fácil tratándose de elogiar las artes del diseño, en que hasta ahora (dejando aparte la arquitectura) si ha tenido algun lugar el romanticismo, ha sido como moda, no como género. La arquitectura llamada gótica, tiene en sí misma verdadera belleza, gravedad, osadia, primor y otras dotes, que elevan la imaginacion y satisfacen al entendimiento. Asi es que forma una parte principalísima del género romántico, como propia de los siglos medios que son el campo de sus glorias. Pero en la pintura y en la estatuaria históricas no cabe romanticismo: los cuadros y las estátuas de aquella era son rudas, groseras y tales que apenas dan idea de la figura humana, testificando únicamente la impericia y barbárie de los que las ejecutaron. Asi para encontrar los prodigios de estas dos artes hay que acudir á la Grecia antigua, y dar despues un salto hasta los tiempos de Vinci y de Miguel Angel. Forzoso, pues, era que aquella oda no traspasase los limites clásicos, por lo cual no hablaré de ella considerándola bajo su aspecto literario; pero bajo el político no puedo resistir la tentacion de recordar el final de la última estrofa, en que figurándose el poeta ver en el museo la imagen del rey, libre de su cautiverio y triunfante de su enemigo, concluye de este modo:

Hechicera ilusion! Tan bello dia
Será que luzca al horizonte ibero?
Si: no dudeis: lo decretó el destino.

El español guerrero
Romperá, rey amado, tus prisiones;
Y enemigos pendones
Tenderá por alfombras al camino.
Nuevo Tito serás: benigno el cielo
En júbilo tornando los clamores
Con que la patria fiel por ti suspira,
Mis ojos te verán; faustos loores
Daré á tu nombre... y romperé mi lira.

Cumplióse felizmente este vaticinio: volvió triunfante S. M.; pero el cantor profético se halló sepultado en una cárcel en virtud de una de sus primeras resoluciones. Incluso en la persecucion promovida contra varios diputados de las Córtes de Cadiz, fué confinado por cuatro años, despues de diez y ocho meses de prision, á una de las cartujas de Andalucía.

Que durante los cuidados y tareas de las Córtes no le quedasen al señor Gallego tiempo ni humor de escribir versos, nada tiene de extraño: el estruendo del cañon ahuyenta á las musas, y el marcial estrépito de los tambores apaga y confunde los ecos de la cítara. Pero que en cuatro años de soledad apenas la tomase en la mano, es desidia incomprehensible, y estaba por decir que raya en imperdonable. Solo dos composiciones de alguna estension fueron el fruto de un ocio tan prolongado, la elegía á la muerte de la reina Isabel y la que antes escribió á la del duque de Fernandina. El carácter enteramente diverso de estas dos obras prueba el influjo que ejercen en el ánimo y en la fantasia de un escritor las circunstancias exteriores que le rodean. *La elegía á la reina Isabel*, concebida en las amenas llanuras del Ajarafe de Sevilla, á las márgenes de los arroyos que serpentean entre sus viñas, olivares y huertos, es puramente clásica: está escrita en tercetos, combinacion métrica la mas sujeta y compasada de nuestra poesia: la versificacion es fluida, sonora, fácil, sin la menor irregularidad en sus cortes ni en sus giros; el tono es melancólico, tierno, templado: nunca vehementemente ni fogoso. Es en suma una elegía por el estilo de las de nuestros buenos poetas del siglo xvi. Publicóse en el año de 1819, en el cual, aunque un poco moderado el espíritu de persecucion del de catorce, no permitió aun aquel gobierno á sus victimas el triste alivio del ruego. La implacable censura suprimió los tercetos siguientes, en que hablando con la malograda reina, se decia:

De tí esperaba el fin á los prolijos
Y acerbos males que discordia impura
Sembró con larga mano entre tus hijos.
No pocos; ay! no pocos en oscura
Mansion, al deudo y la amistad cerrada,
Redoblan hoy su llanto de amargura.
Otros gimiendo por su patria amada
El agua beben de estrangeros rios,
Mil veces con sus lágrimas mezclada.
Mas si oye el cielo los sollozos míos, etc.

Dejando que el lector haga las amargas reflexiones á que da margen un hecho tan néciamente cruel, pasaré á hablar de la ele-

gia á la muerte del duque de Fernandina. Compuesta en los silenciosos claustros de la cartuja de Jerez, á las riberas del solitario Guadalete de infaustos recuerdos, entre los melancólicos cantos de los hijos de san Bruno (1), sigue un rumbo muy diverso. Hay en ella desiertos, bóvedas góticas, ecos de campanas, luz de luna, dolor profundo y severo, trozos dramáticos, irregularidad de estrofas, de cortes y de rimas, algo de aquel desorden semi-frenético en los sentimientos, en la frase y en las imágenes, tan peculiar de la escuela moderna, muchas en fin de las dotes y adornos obligados de la poesía que posteriormente se conoce con el nombre de romántica. Vaya una muestra. El duque ya en la agonía, despues de hablar pocas palabras á su madre, espira dando un gran suspiro:

Viérase á aquel gemido,
Cual bella palma que derroca el rayo,
Bajar envuelta en súbito desmayo
La triste madre al alfombrado suelo.
No tornes á vivir, que angustia y duelo
Te aguarda solo y eternal quebranto,
Desdichada muger. — Mas ¡ay! que en tanto
Vuelve á la vida: inmóviles los ojos...
Con voz cortada... sin accion... sin llanto
Llama al hijo infeliz que no responde.
Alzase, y asombrada,
La trenza al aire por los hombros suelta,
Vaga en su busca sin mirar por donde.
De su prole angustiada
Que sus pasos detiene y la rodea
No oye la voz querida,
Ni vé la luz febéa,
Que en un mar de tinieblas sumergida
Sin él se juzga, y desamada y sola.

Este desorden, este delirio, la desinencia final del último verso de la estrofa, en que se advierte la estudiada intencion de espresar mejor el aislamiento y soledad de aquella madre, pudieran hacer un papel regular en una composicion del nuevo género, pues, aunque pese oirlo al autor de esta elegia, huele á romántica desde el primer verso hasta el último.

Mucho pudiera añadir, examinando las pocas obras que despues ha escrito este perezoso poeta, en comprobacion del desvío que en ellas se nota del carril aristotélico-horaciano; pero me canso, y creo que con lo dicho hay lo bastante para mi propósito, reducido, no á elogiar ni á criticar las poesias del señor Gallego, sino á manifestar que sin quererlo; y acaso sin advertirlo, sigue no muy de lejos la corriente del romanticismo, que reprueba y mira como una lastimosa corrupcion del buen gusto. No es él solo ciertamente: *el ilustre autor del Pelayo*, tragedia en alto grado clásica, lo es tambien del *Panteon del Escorial*, bella composicion, pero de un género nuevo y sin nombre conocido en la escuela antigua: obra romántica, si las hay, y lo que es mas, compuesta en un tiempo

(1) Magis planetus quam cantus.

en que todavia estaba por inventar la denominacion del gusto á que sin duda pertenece. ¿Y cómo se esplican tales fenómenos? Del mismo modo que el culteranismo de que están contaminadas muchas obras de Quevedo y Lope de Vega, quienes en otras varias habian hecho mas de una vez irrision de aquel estafalario gusto y de sus secuaeces. Esto consiste en que todos los hombres, mas ó menos, reciben por necesidad la influencia de las ideas de su tiempo. Cada uno pertenece á su siglo: participa del gusto dominante, que cunde hasta por el aire que se respira, y adopta, sin sentir, parte de sus manias y estravagancias por ridiculas que sean á los ojos de la razon imparcial, como sucede con las modas, que repugnando al principio, acaban por agradar á sus mismos censores. El mayor conocimiento de la literatura inglesa, que de cuarenta años acá se ha difundido en España, y sobre todo el gusto aleman que, aunque por el conducto poco puro de traducciones francesas, han propagado en el occidente de Europa las obras de Schiller, Kotzebue, Goethe y otros, ha abierto sin duda este nuevo rumbo á las ideas y máximas literarias, que dirigen á la generalidad de los escritores del dia, y de cuyas obras solo la posteridad será en último resultado juez imparcial y competente. No es fácil adivinar á cuál de los dos partidos, que en este punto dividen y agitan la sociedad moderna, condenará el fallo de nuestros nietos; pero no es posible desconocer el peso que hará siempre en la balanza de las probabilidades, á favor de la doctrina clásica, la sancion unánime de mas de veinte siglos.

I.

AL DOS DE MAYO.

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
Del miserable que esquivando el sueño
Profundas penas en silencio gime,
No desdeñes mi voz: letal beleño
Presta á mis sienes, y en tu horror sublime
Empapada la ardiente fantasía,
Da á mi pincel fatídicos colores,
Con que el tremendo dia
Trace al fulgor de vengadora tea,
Y el odio irrite de la patria mia,
Y escándalo y terror al orbe sea.
; Dia de execracion! La destructora
Mano del tiempo le arrojó al Averno:
Mas ¿quién el sempiterno
Clamor con que los ecos importuna
La madre España en enlutado arreo
Podrá atajar? Junto al sepulcro frio,

Al pálido lucir de opaca luna,
Entre cipreses fúnebres la veo:
Trémula, yerta y desceñido el manto,
Los ojos moribundos
Al cielo vuelve que le oculta el llanto;
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
Yace entre el polvo, y el leon guerrero
Lanza á sus piés rugido lastimero.

¡Ay! que cual débil planta
Que agosta en su furor hórrido viento,
De víctimas sin cuento
Lloró la destruccion Mantua afligida!
Yo ví, yo ví su juventud florida
Correr inerme al huésped ominoso.
Mas ¿qué su generoso
Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo
En quien su honor y su defensa fia,
La condenó al cuchillo.
¿Quién? ¡ay! la alevosía,
La horrible asolacion habrá que cuente,
Que hollando de amistad los santos fueros,
Hizo furioso en la indefensa gente
Ese tropel de tigres carniceros?

Por las henchidas calles
Gritando se despeña
La infame turba que abrigó en su seno.
Rueda allá rechinando la cureña,
Acá retumba el espantoso trueno;
Allí el jóven lozano,
El mendigo infeliz, el venerable
Sacerdote pacífico, el anciano
Que con su arada faz respeto imprime,
Juntos amarra su dogal tirano.
En balde, en balde gime
De los duros satélites en torno
La triste madre, la afligida esposa
Con doliente clamor: la pavorosa
Fatal descarga suena
Que á luto y llanto eterno las condena.
¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuánto estrago!
¡Cuántos ayes do quier! Despavorido
Mirad ese infelice
Quejarse al adalid empedernido
De otra cuadrilla atroz « ¡Ah! ¿qué te hice? »
Esclama el triste en lágrimas deshecho,
« Mi pan y mi mansion partí contigo,
Te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,

Templé tu sed y me llamé tu amigo:
¿Y ora pagar podrás nuestro hospedage
Sincero, franco, sin doblez ni engaño,
Con dura muerte y con indigno ultrage?»
¡Perdido suplicar! ¡inútil ruego!
El monstruo infame á sus ministros mira,
Y con tremenda voz gritando ¡fuego!
Tinto en su sangre el desgraciado espira.

Y en tanto ¿do se esconden,
Do estan, ó cara patria, tus soldados
Que á tu clamor de muerte no responden?
Presos, encarcelados
Por gefes sin honor, que haciendo alarde
De su perfidia y dolo
A merced de los bárbaros te dejan,
Como entre hierros el leon, forcejan
Con inútil afan. Vosotros solo,
Fuerte *Daoiz*, intrépido *Velarde*,
Que osando resistir al gran torrente
Dar supisteis en flor la dulce vida
Con firme pecho y con serena frente;
Si de mi libre musa
Jamás el eco adormeció á tiranos,
Ni vil lisonja emponzoñó su aliento,
Allá del alto asiento
A que la accion magnánima os eleva,
El himno oid que á vuestro nombre entona,
Mientras la fama aligera le lleva
Del mar de hielo á la abrasada zona.

Mas ¡ay! que en tanto sus funestas alas
Por la opresa metrópoli tendiendo,
La yerma asolacion sus plazas cubre;
Y al áspero silbar de ardientes balas
Y al ronco son de los preñados bronce
Nuevo fragor y estrépito sucede.
¿Ois como rompiendo
De moradores tímidos las puertas
Caen estallando de los fuertes gonces?
¡Con qué espantoso estruendo
Los dueños buscan que medrosos huyen!
Cuanto encuentran destruyen
Bramando los atroces forajidos
Que el robo infame y la matanza ciegan.
¿No veis cual se despliegan
Penetrando en los hondos aposentos
De sangre, y oro, y lágrimas sedientos?
Rompen, talan, destrozan

Cuanto se ofrece á su sangrienta espada.
 Aquí matando al dueño se alborozan,
 Hieren allí su esposa acongojada :
 La familia asolada
 Yace espirando , y con feroz sonrisa
 Sorben voraces el fatal tesoro.
 Suelta , á otro lado , la madeja de oro ,
 Mustio el dulce carmin de su mejilla
 Y en su frente marchita la azucena ,
 Con voz turbada y anhelante lloro
 De su verdugo ante los piés se humilla
 Tímida vírgen de amargura llena ;
 Mas con furor de hiena ,
 Alzando el corvo alfange damasquino ,
 Hiende su cuello el bárbaro asesino.
 ¡ Horrible atrocidad ! ¡ treguas , o Musa ,
 Que ya la voz rehusa
 Embargada en suspiros mi garganta !
 Y en ignominia tanta
 ¿ Será que rinda el español bizarro
 La indómita cerviz á la cadena ?
 No , que ya en torno suena
 De Palas fiera el sanguinoso carro ,
 Y el látigo estallante
 Los caballos flamígeros hostiga.
 Ya el duro peto y el arnes brillante
 Visten los fuertes hijos de Pelayo.
 Fuego arrojó su ruginoso acero :
 ¡ Venganza y guerra ! resonó en su tumba ;
 ¡ Venganza y guerra ! repitió Moncayo,
 Y al grito heróico que en los aires zumba ,
 ¡ Venganza y guerra ! claman Turia y Duero.
 Guadalquivir guerrero
 Alza al bélico son la regia frente ,
 Y del patron valiente
 Blandiendo altivo la nudosa lanza
 Corre gritando al mar : ¡ Guerra y venganza !
 Vosotras , o infelices
 Sombras de aquellos que la infiel cuchilla
 Robó á sus lares , y en fugaz gemido
 Cruzais los anchos campos de Castilla ;
 La heróica España , en tanto que al bandido ,
 Que á fuego y sangre de insolencia ciego
 Brindó felicidad , á sangre y fuego
 Le retribuye el don , sabrá piadosa
 Daros solemne y noble monumento.
 Allí en padron cruento

De oprobio y mengua , que perpetuo dure ,
 La vil traicion del despota se vea :
 Y altar eterno sea
 Donde todo español al monstruo jure
 Rencor de muerte que en sus venas cunda ,
 Y á cien generaciones se difunda.

II.

A LA MUERTE DE LA REINA ISABEL.

¿ Porqué revuelta en espantoso velo
 Cubres la augusta faz ? ¿ Qué agudas penas
 De imprevisto clamor turban tu cielo ?
 ¿ Ves , ó patria infeliz , de sangre llenas
 Tus hazes al furor de Marte crudo ,
 Y á tu adorado rey entre cadenas ?
 ¿ Será forzoso que el potente escudo
 De nuevo embraces y la lanza fuerte
 Que los grillos romper del orbe pudo ?
 ¡ Ay ! no será ; que el fallo de la muerte
 Ni el valor lo revoca ni el acero :
 Llorar , solo llorar es hoy tu suerte.
 ¿ No hay esperanza ? ¿ Es cierto que su fiero
 Soplo estinguió la antorcha lusitana
 Que inundaba de luz el campo ibero ?
 ¿ Es verdad que tu escelsa soberana
 Brilló tan solo el término de un dia ,
 Como la rosa del abril temprana ?
 ¡ Ay ! vuelve al triste son , citara mia ;
 Vuelve de nuevo al querellar doliente ,
 Nunca avezada al gusto y la alegría.
 Ciña el cipres las canas de mi frente ,
 Que argentó del pesar la mano adusta
 Mas bien que de los años la corriente ;
 Y el claro nombre de Isabel augusta
 Oigan estas olivas y nopales
 Que dotó de piedad su suerte injusta ;
 Que no es dado á mi canto los reales
 Palacios penetrar , y grato acento
 De Fernando infeliz templar los males.
 Tú , reina hermosa , que á tan alto asiento
 Por mil virtudes encumbrada fuiste ,
 Dejando á España lágrimas sin cuento ,
 Tú , sí , que escucharás el eco triste
 De un desdichado que de angustia y duelo
 Mas que de luto estéril se reviste.

¿Porqué tan pronto del hispano suelo
Sorda á nuestra afliccion huyes, señora,
Sumido ya en eterno desconsuelo?
¿No hallaba aquí tu mano bienhechora
Mejillas que enjugar, do guerra impía
Vertió sin fin su copa asoladora?
¡Oh! torna, torna á la mansion que un dia
De alma delicia y de plácér colmaste,
Y ora se cubre de tiniebla umbría:
Y del pueblo leal que abandonaste
La atruena el grito y túrbala el quebranto,
Buscando en vano el bien que le robaste.
¿Y adónde, adónde en infortunio tanto
Los ojos volverá si tú le dejas?
¿Quién cegará las fuentes de su llanto?
Mas ¡ay! que en balde me desago en quejas;
En vano emprénde de la parca dura
Desarrugar mi voz las torvas cejas.
¿Ni del regio semblante la dulzura
Detuvo, impía, el brazo á tu venganza,
Ni en tan florida edad tanta hermosura?
¿Qué te ofendió la perla de Braganza,
Que así empañaste su esplendor divino
Cortando de dos mundos la esperanza?
¿Y es este, ó cielo, el inclito destino
Que España á su inocencia prometia,
Cuando cubrió de alfombras el camino?
Duran tal vez las flores todavía
Que holló su planta. ¡O tiempo venturoso,
Presente en mi inflamada fantasía!
Ostentosa su marcha fué: ostentoso
Bajel favonio con halagos puros
Meció de Cádiz en el golfo undoso;
Y al bronco estruendo de los brónces duros,
Bella, como la diosa de los mares,
La saludaron los Herculeos muros.
Aun el rumor de aplausos á millares
Oír y el grito de las torres creó
Y el festivo sonar de mil cantares.
Al fulgor de la antorcha de Himeneo,
Modesta, hermosa, plácida, lozana
Llegar la ven las playas de Mnesteo;
Y al dulce lado de su dulce hermana
Con ansia noble y anhelante prisa
La cerca el pueblo fiel, corre y se afana.
Ella, que en este afan su amor divisa,
Responde grata con galan saludo,

Su labio de coral bañado en risa.
Por verla el padre Betis, con nervudo
Brazo apartó los juncos de su frente,
Y á espectáculo tal paróse mudo.
En triunfo la llevó la hispana gente
Con júbilo sin par y altos loores,
Manzanares humilde, á tu corriente,
Y entre marciales salvas y entre flores
Llegó á los brazos del augustó esposo
Sembrando hechizos y cogiendo amores.
Mas ¡ay de mí! ¿qué vale que engañoso
Prestigio alegres horas me recuerde,
Si ya son hoy tormento doloroso?
Que no mas pronto, ¡ó Dios! su aliento pierde
Por el pérfido plomo sorprendida
Blanca paloma entre la grama verde,
Que en flor le arrebató la dulce vida,
Como rayo veloz, muerte villana,
Abriendo un solo golpe tanta herida.
¡O frágil pompa! ó condicion humana!
¿En qué cimientó tu firmeza estriba,
Vago sueño, humo leve, sombra vana?
Por mas que el globo círculos describa,
No olvidará Madrid la infausta escena
Que en lágrimas bañó de sangre viva.
Ajada vió en tu cuello la azucena,
Malograda Isabel, y á los leones
Del desierto dosel rugir de pena.
Mal suplida, en los lúgubres salones
De tus ojos miró la muerta lumbre,
Por el triste fulgor de cien blandones.
Del alcazar la inmensa pesadumbre
Tembló de espanto al súbito alarido
Que lanzó la aterrada muchedumbre.
Uno madre la llama; enardecido
Otro á los cielos su oracion levanta
Del alto sollozar interrumpido;
Anhelan estos por besar la planta
De su reina infeliz; aquel postrado
Susurra triste su plegaria santa.
Cerca, despues, del féretro agolpado
Con gemidos el pueblo la seguía
Al sordo son del parche destemplado.
Y á par que el eco vago repetía
Confusas quejas contra el hado ingrato,
Dobló un anciano su rodilla fría.
Miró lloroso el fúnebre aparato

Y al viento dió su trémula querella,
 Del profundo dolor suspenso un rato.
 « ¡A Dios por siempre, dijo, reina bella,
 De madres y princesas gran modelo,
 Gloria de Portugal, de España estrella!
 ¡Cuántas semillas de tristeza y duelo
 De perpetuo crecer y hondas raíces,
 Deja tu ausencia al castellano suelo!
 Ya mas no te hallarán los infelices
 Que socorrió tu mano, ni el guerrero
 Te mostrará sus largas cicatrices.
 Ni escucharás el viva placentero
 Del pueblo aclamador que en tierra fijos
 Sus ojos cambia en luto lastimero.
 De tí esperaba el fin á los prolijos
 Y acerbos males que discordia impura
 Sembró con larga mano entre tus hijos.
 No pocos ¡ay! no pocos en oscura
 Mansion al deudo y la amistad cerrada
 Redoblan hoy su llanto de amargura.
 Otrosgimiendo por su patria amada
 El agua beben de extranjeros rios
 Mil veces con sus lágrimas mezclada.
 Mas si oye el cielo los sollozos mios,
 Si un ángel lleva al solio refulgente
 Mensagero de paz los votos pios,
 Por tí tendrá del Padre omnipotente
 Mi rey consuelo en su mortal quebranto,
 Prosperidad y union la hispana gente. »
 Dijo, y tornó á llorar. Callada en tanto
 Con ademan doliente se acercaba
 La regia comitiva al templo santo.
 Ya el cántico sagrado se escuchaba
 Del cóncavo metal al ronco trueno
 Que en los atrios inmensos resonaba.
 ¡Ay! que ya para siempre aquel sereno
 Rostro, en medio á las preces funerales,
 Mármorea tumba recibió en su seno.
 Dándola entonces los eternos vales,
 Cayó la losa : al lúgubre alarido
 Retemblaron las urnas sepulcrales,
 Y en su centro se oyó largo gemido.

III.

A LA MUERTE DE LA S^a DUQUESA DE FRIAS.

ELEGIA.

Al sonante bramido
 Del piélago feroz que el viento ensaña
 Lanzando atras del Turia la corriente ;
 En medio al denegrido
 Cerco de nubes que de Sirio empaña
 Cual velo funeral la roja frente ;
 Cuando el cárabo oscuro
 Ayes despide entre la breña inculta,
 Y á tardo paso soñoliento Arturo
 En el mar de occidente se sepulta ;
 A los mustios reflejos
 Con que en las ondas alteradas tiembla
 De moribunda luna el rayo frio,
 Daré del mundo y de los hombres lejos
 Libre rienda al dolor del pecho mio.

Si, que al mortal á quien del hado el ceño
 A infortunios sin término condena,
 Sobre su cuello mísero cargando
 De uno en otro eslabon larga cadena ;
 No en jardin halagüeño,
 Ni al puro ambiente de apacible aurora
 Soltar conviene el lastimero canto
 Con que al cielo importuna.
 Solitario arenal, sangrienta luna
 Y embravecidas olas acompañen
 Sus lamentos fatídicos. ¡Oh lira,
 Que escenas solo de afliccion recuerdas :
 Lira que ven mis ojos con espanto,
 Y á recorrer tus cuerdas
 Mi ya trémula mano se resiste!
 Ven, lira del dolor : PIEDAD no existe.

¡No existe, y vivo yo! ¡No existe aquella
 Gentil, discreta, incomparable amiga,
 Cuya presencia sola
 El tropel de mis penas disipaba!
 ¡Cuándo en tal hermosura alma tan bella
 De la corte española
 Mas digno fué y espléndido ornamento!
 ¡Y aquel mágico acento
 Enmudeció por siempre, que llenaba